



ASEGURADO *en* CRISTO

*Descubre la gracia, líbrate de la culpa
y descansa en tu salvación*

Greg
Gilbert

«Me encanta el mensaje de Greg Gilbert para el cristiano que sigue luchando, para el creyente que no tiene exactamente todo bajo control, para el seguidor al que le cuesta... seguir. Jesús ha dicho que el cambio está en marcha y que Él te dará una mano, pero no estará completo hasta el día del juicio final. Así que, deja de preocuparte. Lee *Asegurado en Cristo*, no te rindas y descansa en tu salvación».

Klyle Idleman, autor de *No soy fan* y *Don't Give Up*
[No te rindas]

«Si has sido cristiano por algún tiempo, te has hecho la pregunta. Quizás te está perturbando ahora mismo. *¿Cómo puedo saber que de verdad soy salvo?* En este nuevo y brillante libro, Greg Gilbert corta la niebla de la confusión que rodea nuestras preguntas (y aprehensiones) relacionadas con la seguridad de la salvación. Saturado de vívidas imágenes y claras reflexiones bíblicas, *Asegurado en Cristo* volverá a afianzarte en Cristo, la roca firme. Todo lo demás es arena movediza».

Matt Smethurst, jefe de redacción, Coalición por el Evangelio

«El hecho de que los cristianos tengamos seguridad de salvación es una de las verdades más grandiosas de la Palabra de Dios, una de las afirmaciones más preciadas de la Reforma, y uno de los pilares centrales de la vida cristiana fiel. En este oportuno libro, Greg Gilbert, un pastor-teólogo tremendamente talentoso y fiel, presenta una defensa poderosa de la seguridad de la salvación con gran perspicacia pastoral y bíblica. El hecho de que Greg sea mi propio pastor solo hace que yo esté más agradecido por él y por este libro».

R. Albert Mohler Jr., presidente,
Southern Baptist Theological Seminary

ASEGURADO
en
CRISTO

Publicaciones Faro de Gracia

P.O. Box 1043

Graham, NC 27253

www.farodegracia.org

ISBN 978-1-629462-77-6

Assure by Copyright © 2019 by Greg Gilbert Originally published in English under the title *Assured* by Baker Books, a division of Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A. All rights reserved.

©2021 Publicaciones Faro de Gracia. Traducción al español realizada por Julio Caro Alonso; edición de texto, diseño de la portada y las páginas por Francisco Adolfo Hernández Aceves. Todos los Derechos Reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio — electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro— excepto por breves citas en revistas impresas, sin permiso previo del editor.

©Las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera ©1960, Sociedades Bíblicas en América Latina. © renovada 1988, Sociedades Bíblicas Unidas, a menos que sea notado como otra versión. Utilizado con permiso.

ASEGURADO *en* CRISTO

*Descubre la gracia, líbrate de la culpa
y descansa en tu salvación*

**Greg
Gilbert**



PUBLICACIONES
**FARO DE
GRACIA**

"La exposición de las palabras alabóricas." Salmo 119:130

www.farodegracia.org

Para Matt:

¡Qué gozo es que no solo seamos hermanos en este siglo,
sino también en que ha de venir!

Contenido

1 EL PROBLEMA DE LA SEGURIDAD

2 FUENTES IMPULSORAS DE LA SEGURIDAD: *El evangelio de Jesucristo*

3 FUENTES IMPULSORAS DE LA SEGURIDAD: *Las promesas de Dios*

4 LA FUENTE SOBRENATURAL DE LA SEGURIDAD: *El testimonio del Espíritu*

5 EL DEBILITAMIENTO DE LA SEGURIDAD: *Las mentiras que creemos*

6 LA FUENTE CONFIRMADORA DE LA SEGURIDAD: *Los frutos de la obediencia*

7 USOS INADECUADOS DE UNA BUENA HERRAMIENTA: *Errores que cometemos al considerar nuestras buenas obras*

8 *¿Y QUÉ DE LOS PECADOS HABITUALES?*

9 LA LUCHA POR LA SEGURIDAD

OTROS TÍTULOS DE PUBLICACIONES FARO DE GRACIA

1

EL PROBLEMA DE LA SEGURIDAD

EL ministerio pastoral tiene una buena dosis de gozo pero también de quebranto. Por un lado, hay momentos y eventos que hacen que uno quiera cantar alabanzas a Dios: nacimientos de bebés, intercambios de votos nupciales, ocasiones en que un querido hermano o una querida hermana ve actuar la mano de Dios de forma sorprendente y su fe es fortalecida como consecuencia. Esos son los momentos hermosos, los que hacen que el ministerio pastoral valga todas las penas. Pero, por el otro lado, hay momentos de profunda tristeza que hacen que el corazón clame a Dios de una manera completamente diferente: momentos en que hay que sentarse junto a una pareja que acaba de sufrir la pérdida de su cuarto bebé en un período de tres años, ocasiones en que debemos aconsejar a alguien a quien le diagnosticaron cáncer, que perdió su trabajo o que sufrió la pérdida de un ser querido, momentos cuando hay que leerle suavemente la Biblia por última vez a un amado santo que por fin va a partir a casa.

Sin embargo, hasta ahora no he experimentado nada más desgarrador en mis años de pastoreo que ver el colapso de la fe de un cristiano profeso. En realidad, ahora que lo pienso, quizás *colapso* no sea precisamente la palabra indicada porque rara vez es algo dramático o veloz. Es probable que en Internet hayas visto videos de demoliciones controladas de edificios; son rápidas, pulcras y organizadas, y, de un cierto modo especial, aun ordenadas. La pérdida de la fe no se parece en nada a eso.

Si alguna vez has visto un video en cámara rápida que muestra un árbol viejo desmoronándose y descomponiéndose con lentitud, allí tienes una mejor imagen. Cuando la fe da lugar a la incredulidad, no hay una explosión controlada ni un colapso ordenado, sino más bien una reducción lenta, a ratos incluso imperceptible, *hasta que* llega el día en que observas y notas que simplemente no queda nada. Todo ha sido consumido.

Hace algunos años, vi cómo ocurrió esa disminución de la fe en la vida de un joven al que llamaré Trent. Nos era imposible saberlo en ese entonces, pero él terminaría siendo un ejemplo clásico de la semilla caída en los pedregales de la parábola del sembrador de Jesús: brotó en una explosión de vida aparente, pero muy pronto se quemó por el sol y se secó. Cuando Trent apareció en la iglesia, era un creyente nuevo entusiasmado y deseoso, y parecía estar destinado a crecer hasta transformarse en un guerrero espiritual. Tenía agudeza teológica, se mostraba ansioso por pasar tiempo con otros cristianos y, sobre todo, era un voraz lector. Leyó todo lo que nosotros como sus pastores pusimos frente a él: la Biblia, libros de teología y eclesiología, material devocional, comentarios, *todo*. Con el tiempo, conoció a una maravillosa jovencita cristiana en la iglesia, y se casó con ella luego de un noviazgo que pareció un modelo de fidelidad y responsabilidad. Todo en la vida espiritual de Trent parecía ser fuerte y genuino.

Sin embargo, allí comenzaron los problemas. No recuerdo con exactitud cuándo se asentó la podredumbre, incluso luego de todas nuestras conversaciones: no creo que el mismo Trent haya identificado el momento con precisión. Pero nuestra mejor hipótesis es que Trent empezó a leer un libro en particular (un libro bueno, no malo ni herético) sobre cómo debe ser el gozo cristiano —cómo los cristianos deben gozarse en el sufrimiento, amar a Jesús y hallar su

gozo en la bondad divina de Dios—. Entonces, comenzó a comparar su propio corazón, mente y emociones con lo que estaba leyendo. Por supuesto que hacer eso no es necesariamente malo. De hecho, puede ser bueno que el cristiano lo haga y es muy posible que tenga el efecto saludable de animarlo a hacer que su corazón suelte las amarras de los placeres de este mundo y se aferre con mayor firmeza a Cristo. Sin embargo, en el caso de Trent el resultado de compararse con la descripción del libro fue radicalmente diferente. En vez de verse desafiado a seguir adelante en fidelidad, se aterrorizó. ¿Por qué? Porque no veía en su propia vida la clase de gozo de la que leía en ese libro, así que empezó a cuestionarse si en verdad era cristiano.

A partir de entonces, la corrupción penetró con rapidez. En el curso de los meses siguientes, Trent cayó en un torbellino desesperante de introspección y autocondenación. A pesar de la frecuencia y el fervor con que lo exhortamos a mirar a Cristo y encontrar paz en el evangelio, Trent perdió el equilibrio. Al final, simplemente afirmó que no podía decir que era cristiano porque no tenía el gozo ni el amor apasionado por Jesús que los cristianos deben tener, y dejó la Iglesia y, por último, la fe.

No me malentiendan. Desde luego que no todas las luchas del cristiano con la seguridad de la salvación son iguales a la de Trent, y, gracias a Dios, no todas las batallas del creyente terminan de una forma tan catastrófica. Sin embargo, estoy bastante seguro de que el conflicto de Trent con la pregunta «¿Soy un cristiano *verdadero*?» asecha a muchos creyentes, si no a *todos*, en un momento u otro de la vida. Cuando digo esto no es una simple obviedad ni una corazonada barata, sino el producto de decenas de conversaciones que he tenido sobre este mismo asunto en las mesas de alguna cafetería. Estoy seguro de que las

cafeterías de Louisville no lo saben, ¡pero a lo largo de los años, les he hecho ganar un *montón* de dinero hablando con personas sobre la seguridad de la salvación!

Quisiera poder decir que las preguntas de la gente y las dudas con las que luchan son siempre las mismas. Eso facilitaría las cosas para mí como pastor. Si ese fuera el caso, podría corregir ese *único* malentendido bíblico, responder esa *única* pregunta teológica, y todo estaría bien. Sin embargo, las preguntas y dudas nunca son exactamente iguales, y casi nunca son simples. Sí, a veces el conflicto de una persona con la seguridad de la salvación se debe a una pregunta teológica en particular que no ha sido resuelta, y es maravilloso poder responder esa interrogante y ver cómo todo comienza a ponerse en su lugar. Pero en ocasiones la falta de seguridad se debe a algo mucho más complejo que una pregunta específica sin responder. A veces es algo más emocional que racional. A veces se debe a toda una cosmovisión teológica que está un poco desviada catastróficamente. A veces no hay una razón identificable en absoluto, y la persona parece verse absorta en el pavor existencial de terminar convirtiéndose en un «profeso superficial», como lo señalan las antiguas confesiones.

Para mí, la cuestión de la seguridad de la salvación —o, para ser más preciso, de la falta de seguridad— es una presencia indeseable, aterradora e incluso sorpresiva en la experiencia cristiana, algo así como la figura de traje oscuro que se apareció en el baile del príncipe Próspero.¹ Después de todo, el cristianismo en su esencia afirma tratarse de certezas, no de preguntas ni de dudas. *Sabemos* que Jesús es el Hijo de Dios; *sabemos* que murió en la cruz en rescate por muchos; *sabemos* que resucitó de la tumba; *sabemos* que ofrece perdón a todo aquel que confía en Él. Toda nuestra cosmovisión está basada en certezas, tanto

históricas como teológicas, y eso es lo que distingue al cristianismo de la mayoría de las demás religiones del mundo. Las demás tienen preguntas; el cristianismo tiene respuestas. Las demás tienen enigmas; el cristianismo tiene verdades. Las demás exploran; el cristianismo declara.

Por lo demás, los mismos autores bíblicos escriben con un sólido sentido de certeza que parece ir más allá del hecho de que ciertos eventos realmente ocurrieron. Su certeza no parece ser meramente histórica, sino también existencial, incluso *personal*. No solo parecen convencidos de los hechos del cristianismo, sino también del significado redentor de esos hechos, y parecen estar seguros de que ellos mismos han sido alcanzados por esa redención. Más aun, estos autores incluso parecen esperar que su certeza personal se plasme también en los otros creyentes. Escriben como si quisieran que *tú* y *yo* estemos igualmente seguros de nuestra fe. De esta manera, el apóstol Juan dice en su primera epístola: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que *sepáis* que tenéis vida eterna» (1 Juan 5:13, énfasis añadido). Pablo también escribe: «Por lo cual estoy *seguro* de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:38-39, énfasis añadido). El autor de Hebreos habla del juramento y la promesa de Dios como «segura y firme *ancla* del alma» (Hebreos 6:19, énfasis añadido). No hay mucho lugar para las dudas, ¿o sí? El lenguaje es fuerte y sólido: «para que *sepáis*»; «estoy *seguro*»; «firme *ancla*». La atmósfera de toda la Biblia no es un ambiente de dudas, sino más bien de una certeza tan fuerte que puede afirmar, como dijo Job, «*Yo sé* que mi Redentor vive» (Job 19:25, énfasis añadido).

Pero si ese es el caso, entonces ¿qué de esta figura dudosa, oscura y terrorífica que se desliza por la experiencia de tantos cristianos acallando el regocijo y el deleite de la seguridad? ¿De dónde viene? ¿Por qué tantos cristianos encuentran tan difícil decir con Juan, Pablo y el autor de Hebreos: «Sé, estoy seguro; esta es una segura y firme ancla de mi alma»? Esas son algunas de las preguntas que quiero que tratemos en este libro. Pero antes de empezar debo ser franco: al terminar de leer este libro, no vas a salir con una fórmula mágica que acabará con todas las dudas. ¿Por qué? Porque no existe tal fórmula. Tampoco existe un concepto teológico fiel ni una respuesta fácil que pueda expulsar de una sola vez a la figura de traje oscuro de la fiesta. Somos criaturas finitas, con mentes limitadas y almas dependientes. De una forma u otra, la duda siempre será parte de nuestra experiencia, y la búsqueda de la seguridad siempre será una lucha hasta el día en que estemos con Cristo y nuestra fe se transforme en vista.

Aun así, ánimo, pues, ya sea que lo notes ahora o no, la duda puede ser domesticada. Puede ser resistida. Puede ser puesta de rodillas. De hecho, puede que te sorprenda descubrir que es posible que la duda se transforme, irónicamente, en uno de los medios que Dios usa para incrementar nuestra fe en Jesús y nuestra dependencia de Él, para llevarnos de vuelta a la cruz y a la confianza desesperada en Cristo. A fin de cuentas, mi esperanza al considerar la duda y la seguridad en este libro no es tanto que tus dudas se desvanezcan por completo, sino más bien que puedas entender mejor la arquitectura de la seguridad cristiana y que, en consecuencia, la duda comience a perder algo de su poder destructivo en tu vida y que, tal vez, incluso te lleve a aferrarte con más fuerza a Cristo como tu única esperanza de salvación.

Por supuesto, nada de eso es fácil. Esa es la razón por la que estás leyendo un *libro* sobre este tema, y no una entrada de blog ni un tweet. El asunto de la seguridad cristiana siempre ha sido difícil, y hay complejidades por todos lados. Para empezar, algunos pasajes de la Escritura parecen haber sido *diseñados* para inquietarnos, para hacernos dudar de si somos realmente salvos, de si estamos de verdad incluidos en las promesas divinas de la vida eterna. Por ejemplo, observa 2 Corintios 13:5-6: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?». Espera un momento... ¿«a menos que estéis reprobados»? ¿Cómo es posible que eso armonice con una seguridad de salvación firme y sólida? Luego tenemos los famosos (o infames) pasajes de advertencia, especialmente los del libro de Hebreos. Ciertas oraciones como «Es imposible que los que... recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento» (Hebreos 6:4, 6) y «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (Hebreos 10:31) dejan a muchos cristianos con más miedo que confianza, y a veces incluso aterrados por la posibilidad de haber perdido la salvación.

Incluso sin considerar los textos bíblicos específicos, el tema de la seguridad de la salvación ha demostrado ser un sendero peligroso hablando en términos teológicos. Hay muchas maneras de extraviarse. Por ejemplo, algunos cristianos a lo largo de la historia simplemente se han rendido, afirmando que no puede haber seguridad de salvación en absoluto. En ocasiones, dicha afirmación en el fondo ha sido de naturaleza epistemológica —o sea, la idea es que finalmente no podemos *saber* si somos salvos de verdad—. En otras ocasiones, ha sido una afirmación más objetiva, según la cual de hecho podemos perder la salvación que una vez tuvimos. Por otro lado, incluso para